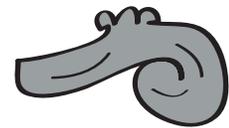


Perspectivas históricas desde la ficción: La configuración de Crisanta en Ángeles del abismo de Enrique Serna

Mtro. Hugo Israel López Coronel
Óclesis/ Profesor de la Universidad del Valle de Puebla



E'katl, (viento) Náhuatl



Foto 1

Ángeles del Abismo, de Enrique Serna, se inscribe como una novela de corte histórico pues se desdobra en el referente del México del siglo XVII, reescribiéndolo según las estructuras simbólicas de la ficción. Por otra parte, de acuerdo con lo

Para ellos el teatro era una solemnidad tan importante como la misa, y veneraban como dioses vivos a las alegorías representadas en el escenario, sin hacer distinciones entre la ilusión y la realidad.

Ángeles del Abismo
Enrique Serna

Basado en un proceso inquisitorial del siglo XVII, perteneciente a una beata embaucadora llamada Teresa Romero, mejor conocida como la falsa Teresa de Jesús, quien fue procesada por hacerse pasar como una iluminada, Enrique Serna nos embarca al México colonial de una forma aguda e irónica, dejándonos ver aquella sociedad de castas con cierto aire de burla hacia la fe y la moral pertenecientes a esta época. La novela Ángeles del abismo (2004), de Enrique Serna, narra la historia de Crisanta (quien finge ser una iluminada) y del indio apóstata Tlacotzin; ellos forman una pareja que a lo largo de la historia se enfrentan con sus propias creencias religiosas y deben afrontar las consecuencias de las ideologías impuestas por una sociedad de castas. Desde su niñez, los personajes protagónicos desarrollan, ante tantas

adversidades, una voluntad férrea para sobrevivir y una malicia refinada para evadir a sus opresores. Estos personajes significan la columna vertebral de la intriga novelesca que pone al desnudo los vicios privados y las virtudes públicas de la sociedad colonial de la Nueva España: los laberintos barrocos del deseo reprimido, la teatralidad del misticismo, el culto clandestino a los dioses prehispánicos y la sórdida lucha entre las órdenes religiosas por el poder.

La trama, situada en el siglo XVII, se enriquece de ambientes pintorescos y personajes coloquiales, y al mismo tiempo combina la forma de la novela picaresca, la comedia de enredos y el folletín en un retablo narrativo muy diverso. La novela presenta tres momentos narrativos, a manera de una puesta en escena: I Cruce de caminos. II Tres años después. III El proceso. Alternativamente, en los primeros capítulos del “primer acto” encontramos las características familiares y las tragedias históricas de los personajes protagónicos. Los capítulos del “segundo acto” nos sitúan, por una parte, en el devenir de las circunstancias que obligan a Crisanta a fingir ser una beata y de esa manera sobrevivir, en tanto Tlacotzin, después de haber huido de la tutela religiosa, a hurtadillas de la sociedad despoja a las vírgenes de sus niños dios para agradar a la diosa Coatlicue que busca venganza contra la madre del Dios falso. Crisanta y Tlacotzin mantienen contacto estrecho y alimentan su amor durante algún tiempo. Ella se gana el cariño y admiración de la clase alta, lo que le permite beneficiarse con algunos obsequios bastante ostentosos, pero su osadía la lleva a caer en manos de la inquisición cuando descubren que no es una beata ya que está embarazada. En los capítulos del tercer y último acto se desarrolla el proceso inquisitorial del cual son objeto los protagonistas: Crisanta y Tlacotzin son condenados a ser quemados

en la hoguera, sin embargo unos días antes de que se cumpla la sentencia son rescatados por Onésimo (padre de Crisanta), quien los saca de su calabozo, y posteriormente son ayudados para salir del país por el poeta Sandoval Zapata y su pareja Leonor.

La posibilidad de diversas orientaciones epistemológicas, concebidas en el campo de los estudios literarios desde el quehacer histórico y otros espacios disciplinarios, ha generado cierto interés de investigadores para explorar en temas relacionados con otras formas de comprender a la literatura y su relación con la Historia; esta perspectiva, necesariamente, nos significa establecer los alcances y los hemisferios de acción, así como los límites metodológicos para dichas tareas. La disciplina histórica constituida como ciencia con un precepto propio, se ha olvidado de manera frecuente de las expresiones espontáneas y populares de la vida cotidiana, por considerarlas aspectos subjetivos y parcelarios para el método histórico. Sin embargo, en últimos tiempos, parte de la crítica historiográfica ha virado en favor del estudio de lo cotidiano y de las manifestaciones más “auténticas” del imaginario colectivo e individual. Desde entonces, como afirma Ana Carolina Ibarra (2013)

la memoria histórica viva de las comunidades, los mitos de origen, la experiencia, la identidad y otros temas afines se convirtieron en objeto de nuevas investigaciones que, a veces tomando prestados los métodos de la antropología, del psicoanálisis o de la lingüística, abrieron un horizonte nuevo para algunos historiadores. La tendencia reciente a romper con el positivismo cientificista y el estructuralismo, ha obligado al historiador a revisar y repensar las fuentes y los enfoques tradicionalmente empleados para su oficio (2).

Son diversas las posibilidades que promete el

estudio de esta relación, pero dos vertientes nos resultan importantes para el presente trabajo. Por una parte, la tradición heredada desde la escuela de los Anales⁵ en el campo de la historia de las mentalidades, y por otra, la historiografía anglosajona reciente ligada a los debates del giro lingüístico⁶ asociada con una nueva vertiente

⁵ La llamada Escuela de los Anales se fundó en 1929 por Marc Bloch y Lucien Febvre, quienes, como afirma “plantearon que la Historia no es el relato de hechos aislados ni el devenir de los líderes” ya que, desde su perspectiva “[s]e trata de la construcción de todos los componentes sociales dentro de un dinamismo sistémico que involucra a otras disciplinas sociales como la Economía, Sociología, Antropología y Geografía. [Ésta] [t]ratará de comprender y explicar el pasado de cada pueblo en todas sus dimensiones: [c]ómo ocurrió lo que ocurrió y por qué. Para ello, es necesario contar con el conocimiento de otras ciencias y disciplinas que realicen diversos aportes. [De esta manera] se rompe la especialización en la Historia. Así mismo “utilizaron los métodos estadísticos, económicos y de cualquier otra ciencia que les sirviese”. En este sentido, “[l]a economía y la sociedad pasaron a ser el objeto de estudio de la Historia, por encima del Estado, las instituciones, los personajes y las guerras ya que sólo sirven para explicar la coyuntura. El objeto de estudio es el ser humano que vive en sociedad. Todas las manifestaciones históricas deben ser tratadas como una unidad, que sólo existe en la realidad social, en el tiempo y en el espacio. El estudio histórico debe centrarse en sociedades concretas, delimitadas en el espacio y en el tiempo. Frente al hecho histórico, Marc Bloch se muestra partidario de la historia como problema, de formular hipótesis y plantear problemas. Los hechos fundamentales de la Historia pueden cambiar debido a la complejidad de la misma. La escuela negará el documento escrito como fuente indiscutible y máxima de conocimiento histórico. Toda realización que parta de la actividad humana será una fuente”. Web. 12 de noviembre de 2012.

http://www.martinmaglio.com.ar/0_Ter_4_FiloHistoria/Material/071-anales.pdf

⁶ Jaime Aurell (2004) en Los efectos del giro lingüístico en la historiografía reciente (2004) afirma que “La conexión entre la historia y la lingüística pareció quedar, por su parte, restringida a determinados ambientes académicos especialmente inquietos pero con escasa incidencia en el devenir general de la evolución de las ciencias sociales. Sin embargo, el paso del tiempo ha demostrado que la relación establecida entre la lingüística y la historia a partir de los años setenta ha tenido [...] consecuencias [...] más duraderas y profundas, porque ha supuesto algo más que el establecimiento de una metodología efímera. Su influjo ha afectado al modo de escribir la historia, lo que parece algo con mucha mayor entidad que el modo de organizar la historia. La relación entre las disciplinas histórica y lingüística es reciente, ya que no se trata ni del formalismo de la lingüística de principios de siglo -que el estructuralismo superó ampliamente- ni de la

hacia la experiencia que se centra en la memoria intelectual y también afectiva como fuente de información para entender el pasado. Como afirma Blanca Muñoz (2013) en La escuela de Birmingham: la sintaxis de la cotidianidad como producción social de la conciencia, con el advenimiento de las sociedades industriales en Occidente se abre un gigantesco cuadro en el que se dibujan las experiencias subyacentes de la Historia. Y en esas experiencias, lo cotidiano expresa los intereses, las experiencias sociales, tradiciones y sistemas de valores que, como afirma Thompson, definen a una clase a partir “de la disposición a comportarse como una clase definiéndose a sí misma en sus acciones y en su conciencia en relación a otros grupos de personas (9).

Siguiendo la idea de Blanca Muñoz “el interés se concentra en el debate sobre la interrelación entre la realidad histórica y la realidad social” (10). Por ello,

relación entre filología e historia, que parece más evidente y de sencilla legitimación [...] El giro lingüístico es una expresión acuñada por Gustav Bergman en 1964 y hecha célebre por la colección de ensayos editados por Richard Rorty en 1968. Aunque se trataba de un movimiento estrictamente filosófico, pronto influyó notablemente en la disciplina histórica. En su aplicación más estricta, la historia pasaba a ser una red lingüística arrojada hacia atrás (Steiner 9-13). Las palabras de Hans-Georg Gadamer en su clásico Verdad y Método habían sido proféticas, al proponer la naturaleza de la historia como la recopilación de la obra del espíritu humano, escrita en lenguajes del pasado, cuyo texto hemos de entender. En la ecuación historicidad del texto = textualidad de la historia, los postulados del giro lingüístico hacían pivotar inequívocamente el resultado hacia el segundo término. La siguiente cuestión planteada parece obvia: ¿hasta qué punto existe referencialidad en ese texto? El giro lingüístico ha dado como consecuencia una acusada tendencia al relativismo, que planea actualmente sobre el entero campo de la historiografía actual, como han puesto de manifiesto tanto los planteamientos prácticos como teóricos de Hayden White (1973) y Dominick LaCapra, quien aboga por recuperar la capacidad teórica de la historiografía clásica. Un proceso, por cierto, completamente inverso al que produjo el nacimiento de la historia científica en el ámbito historiográfico alemán del siglo XIX, cuando precisamente fue la fase narrativa de la historia la que se pretendía superar. Ahora se afirma que la historia, el pasado, subsiste simplemente a través de unos signos lingüísticos y forja su objeto a través de las reglas del universo lingüístico que conoce el historiador” (5 -7).

establecer los límites entre ambos niveles “requiere romper con los antagonismos que un materialismo histórico mecanicista había establecido de una manera artificial” (10). La reflexión acerca de un posible antagonismo entre “la lógica de la Historia y la lógica de lo social” nos sitúa en una síntesis entre historiografía y sociología.⁷ Por lo anteriormente dicho entendemos que una clase social “se identifica con la experiencia y la experiencia equivale a lo cotidiano” (11). Blanca Muñoz cita el trabajo de Thompson al afirmar que “la consciencia de clase es la manera como se traducen a términos culturales, encarnándose en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales” (11).

A partir de esta conceptualización podemos entender a la cultura como “criterio de identidad grupal”; entonces, lo nominativo de lo cotidiano nos sitúa en la noción de visualizarlo no sólo como entramado de relaciones productivas en cuanto a formas “compartidas de entender la realidad” ya que “los niveles de conciencia, por tanto, se sobreponen a las condiciones de vida, destacándose de una forma preferente lo valorativo frente a lo productivo” (11); así, siguiendo la lógica de Muñoz, la conciencia popular y la conciencia de clase se vislumbran en equivalencias, y su práctica: memoria colectiva en práctica cotidiana. La observación que aquí se plantea está dirigida a “diluir las relaciones económicas y destacar los elementos familiares, educativos, urbanos, festivos..., impulsando en exceso lo subjetivo” (9).

Un ámbito imprescindible en la elaboración de sentido en el texto literario –y en otros tantos

⁷ Blanca Muñoz afirma que “para saltar las barreras disciplinares y abrir los dualismos explicativos, el punto de inflexión no puede dejar de ser otro que el análisis de los espacios de lo cotidiano [...]. Lo social deja de ser teorización y se convierte en reconstrucción. Así, [por ejemplo], la formación histórica de la clase obrera acentúa las vivencias en las que se encuentran insertados los sujetos” (3).

ámbitos culturales–, es la llamada dimensión simbólica del lenguaje. De esta manera, los símbolos, como unidades significativas, poseen el carácter que posibilita la migración significativa de una época y de un contexto a otro, permitiendo una estabilidad más o menos uniforme a lo largo de la historia de una cultura, y que al mismo tiempo permite la diversidad en la posibilidad de contextos semióticos. Desde este referente, la vida del ser humano se encuentra inmersa en el universo de los símbolos que nos permite reconocer ciertos valores simbólicos en el espacio de los discursos que articulan la praxis cultural.⁸

Los estudios literarios desde el método estructuralista han colocado el aspecto de lo narrativo en un lugar predominante, no únicamente en el ámbito cultural sino también en el de la crítica literaria, lo que ha generado, precisamente, una multitud de reflexiones tanto teóricas como críticas acerca del relato como objeto de estudio, situándonos así en una disciplina llamada narratología, la cual se ha definido como la teoría de los textos narrativos; en palabras de Gerald Prince (1982), como “el estudio de la forma y el funcionamiento de la narrativa”, definiendo al relato como “la representación de

⁸ En este contexto, un ejemplo claro de práctica cultural es la lectura. Así, Óscar Wong, en *El placer del ocio*:

importancia de la lectura en la vida cotidiana, afirma que “La literatura: he ahí esa dimensión sagrada donde se reordena el mundo a veces de manera insensata y donde el horror y la belleza confluyen en un claro intento de refigurar la realidad. La escritura como el espacio donde se contiene dicha realidad que se antoja inconcebible. El lector es un mago que se saca de la manga escritural: mundos, sentimientos, pensamientos, territorios densos que entregan –y doblegan– el silencio [...] Leer, construir significados, atribuir sentido a determinados signos, contribuye a transformar lo que sabemos. Por eso mismo leer no es un lujo, sino un derecho social, la condición más indispensable para acceder al conocimiento. Leer y escribir son, obviamente, dos procesos de sencillez aparente, pero que encierran profunda complejidad; también constituye un proceso sencillo porque se considera que la educación básica contempla este ejercicio, esta enseñanza: un ser humano alfabetizado desde las aulas tiene habilidades para codificar y decodificar signos” (2).

por lo menos dos acontecimientos o situaciones reales o ficcionales en una secuencia temporal” (4). Sin embargo, esta definición ha significado diversas controversias ya que varios de estos estudios, como lo refiere Gérard Genette, sólo constituyen un análisis lógico o semiológico del contenido narrativo del relato, omitiendo la reflexión acerca de la forma de transmisión (oral, escrita, cinematográfica, etc.); simultáneamente, otros análisis formales del relato sólo atienden al modo o situación de su enunciación, lo que nos permitiría dar lugar a dos tipos de narratología: una temática (análisis de la historia o contenidos narrativos), y otra formal, -o modal-: el modo de representación de las historias desde un análisis del relato.

Ante esta perspectiva, nos resultaría más adecuado hablar de una teoría narrativa desde la cual elaboremos un horizonte condensado de las áreas de estudio alrededor de lo narrativo, pues el concepto de teoría en torno al relato y a la “narratividad” no transita necesariamente a un universo unificado y coherente de una sola hipótesis acerca del relato, y que pretenda, con ello, un fundamento descriptivo, único u homogéneo. Sin duda alguna nos resultaría muy peligroso sostener una teoría del relato unificada y formalizada ya que al plantear una teoría narrativa estaríamos frente a una serie de modelos analíticos y de reflexiones sobre lo narrativo, sus modos de funcionamiento, de sus formas de transmisión y de significación, aspectos todos ellos inalcanzables para una teoría en particular.

De esta manera, en *Ángeles del Abismo* encontramos un matiz de personajes de la sociedad novohispana. Toda la historia tiene como base la historia de amor entre Crisanta y Tlacotzin, ambos trasgresores del orden de castas. Así, encontramos a Crisanta, personaje protagónico; es hija de

Dorotea González, una actriz de comedia que huye con un capitán de lanceros, y de Onésimo, tramoyista teatral de oficio, y alcohólico. La infancia y adolescencia de Crisanta estuvo marcada por la ausencia de la madre. Onésimo intenta que su hija se mantenga alejada del teatro a pesar de su belleza y talento natural para la actuación, aspecto que se devela en el siguiente pasaje: “Si Onésimo la trataba con tal rigor y le prohibía asistir al teatro era porque atribuía la traición de la adúltera a la podredumbre moral de los comediantes, y no quería que ella siguiera el mismo camino” (18). Un día, tras haber llegado tarde a casa por asistir a un ensayo a escondidas del padre, presumiéndose sola en casa, con la emoción que le generaba el haber observado aquel ensayo teatral, recita unos versos de la obra frente a un espejo. Es en ese momento en que su padre al llegar en estado de ebriedad la confunde con Dorotea, se abalanza sobre ella y la viola: “El destino la condenaba a pagar una culpa doble: la culpa de las cómicas alevés y disolutas, la culpa de las niñas extraviadas en sus quimeras” (27). Lejos de renunciar a su vocación teatral ésta se acrecienta así como el odio a su padre. Meses después, tras el cambio generado en la actitud de Onésimo al sentir culpa por lo ocurrido, aspecto que repercutió en el mejoramiento del nivel de vida para Crisanta, ya que Onésimo deja la bebida y se dedica en cuerpo y alma al trabajo y a la religión para expiar sus actos pecaminosos. Posteriormente Crisanta es seleccionada en la nueva escuela para protagonizar un auto sacramental y, mientras ensaya, es sorprendida de nuevo por Onésimo. Pero esta vez, para librarse de la reprensión –o de algo más– se finge en éxtasis. Es en este momento que inicia la accidentada carrera de actriz y de falsa beata.

Un aspecto fundamental en la comprensión de toda

narración es el aspecto contextual de lo narrado. En este sentido encontramos el ambiente (o atmósfera) que refiere las relaciones que se establecen entre los personajes y las coordenadas espacio-temporales en las que se desarrolla la acción narrativa; también, como las circunstancias que rodean a los personajes. El tiempo en la narración expresa el orden y la duración de los acontecimientos que se cuentan. De esta forma podemos señalar dos vertientes: un tiempo externo o histórico que refiere a la época o momento en que se desarrolla la acción y un tiempo interno o narrativo que es el tiempo que abarcan los acontecimientos que transcurren en la acción. El espacio es el soporte de la acción, el marco o lugar donde suceden los acontecimientos y se sitúan los personajes. El espacio puede ser un mero escenario o también puede contribuir al desarrollo de la acción; en ocasiones exige y justifica la evolución de los acontecimientos en el relato y contribuye a la verosimilitud.

Ángeles del Abismo, de Enrique Serna, se inscribe como una novela de corte histórico pues se desdobra en el referente del México del siglo XVII, reescribiéndolo según las estructuras simbólicas de la ficción. Por otra parte, de acuerdo con lo establecido por Seymour Menton, Ángeles del Abismo cumple con los rasgos principales de lo que él ha denominado la Nueva Novela Histórica. La distorsión de la historia está presente, ya que basta recordar que Serna se basó en un documento de la Inquisición desde el cual, él mismo afirma, transforma para integrar nuevos elementos a la historia que le permitieran manejar de otra manera la intriga, abriéndose así a todas las posibilidades de la ficción. Otro rasgo pertinente de resaltar es que a diferencia de los historiadores del discurso tradicional que conciben a la Historia como resultado de las grandes acciones de los reyes,

líderes, emperadores o instituciones, en la Nueva Novela Histórica la intriga se cuenta a través de la perspectiva de personajes comunes que están olvidados en la historia, éste es el caso de Crisanta, “La falsa beata”. La intertextualidad es otro de los rasgos presentes en la obra, pues valiéndose de ella se representa escenas con una intención paródica, por ejemplo, la frase dicha por Tlacotzin a Crisanta después de consumado el acto amoroso: ¿A caso sientes bien tu amado cuerpecito, señora mía? (171). Palabras dichas por Juan Diego a la Virgen del Tepeyac, o bien para dar una verosimilitud a sus relatos, como es el caso de los arrobos de Crisanta. Así mismo, dentro de estos rasgos, se encuentran los conceptos bajtianos de lo dialógico, lo carnavalesco y la heteroglosia. Dichos elementos constituyen parte importante de la novela, puesto que matizan a los personajes y a la época referente de la Historia.

Arribados a este punto, citamos el trabajo de Danto y Ricoeur, el que han denominado “la imaginación histórica”, la cual es propia de todo historiador e inevitablemente necesaria para la construcción de su historia. Este concepto nos dice que el historiador no se remite a contar una historia, sino a transformar todo un conjunto de hechos y eventos para establecer una interpretación de la Historia, y ésta obedecerá, tal vez esa sea la labor más importante del historiador, a seleccionar aquello que considera relevante para el desarrollo de su historia, y podrá estar influido por su propia construcción histórica como sujeto, por su interés y perspectiva moral.

En resumen, lo que podemos observar en esta novela es un desplazamiento que va de una amplia interacción de fuerzas sociales a una más reducida interacción social. En otras palabras, la reconstrucción histórica pasa por tres etapas claramente discernibles: a) una amplia y rica

plataforma económico-social, en la cual los personajes asumen el papel fundamental de traer al presente una formación social pasada; b) una plataforma política; c) una plataforma ideológica. Así, el escritor, al igual que el historiador, narra, teniendo en cuenta que al narrar organiza y da una interpretación que está sujeta a posturas ideológicas o morales, “escribir ya supone poner en orden una idea”, con lo que necesariamente nos lleva a la conclusión de Ricoeur: “tanto la Historia como la Literatura comparten una estructura narrativa inherentes a ellas”. Finalmente, tanto la Historia como la Literatura tendrán que seguir fluctuando en la delimitación de su territorio; una, contándonos la memoria de los días, y la otra, lo que tal vez nunca deberíamos olvidar.

Jitrik, N. (1995) Historia e imaginación literaria. Buenos Aires: Editorial Biblio.

Muñoz, Blanca. “La escuela de Birmingham: la sintaxis de la cotidianidad como producción social de la conciencia”. Web. 17 de noviembre de 2013. PDF.

http://consellodacultura.org/mediateca/extras/blanca_munoz.pdf

Lotman, L. (2006) La semiósfera: semiótica de la cultura y del texto. Madrid: Cátedra.

Ricoeur, P. (2001) Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido. México: Siglo XXI.

Serna, E. (2004) Ángeles del Abismo. México: Ed. Joaquín Mortiz.

Bibliografía

Bajtín, M. (1998) Estética de la creación verbal. México: Siglo XXI.

Culler, J. (2004) Breve introducción a la teoría literaria. Barcelona: Crítica.

Duch, L. (2002) Antropología de la vida cotidiana. Madrid: Trotta.

Ibarra, Ana Carolina. “Entre la historia y la memoria. Memoria colectiva, identidad y experiencia. Discusiones recientes. Instituto de Investigaciones Históricas”. Web. 12 de noviembre de 2013. PDF
<http://ignorantisimo.free.fr/CELA/docs/Ana%20Carolina%20Ibarra%20-%20ENTRE%20LA%20HISTORIA%20Y%20LA%20MEMORIA.pdf>